

Buscó en los cajones del escritorio, y tras unos minutos encontró un par de clips. Se sentó en la alfombra, a la luz de la linterna, y comenzó a trabajarlos con paciencia. Los dedos se movían con precisión. La ganzúa improvisada encajó bien. Escuchó el primer clic... luego el segundo. Y entonces el candado saltó.

Levantó la tapa del arcón.

El olor a cuero viejo y aceite lo golpeó de inmediato. El interior estaba forrado de terciopelo rojo, gastado en los bordes. Lo que vio no dejaba lugar a interpretaciones.

Un conjunto ordenado de ropa de cuero doblada con esmero: corsés ajustados, pantalones de vinilo, guantes largos. Había esposas metálicas, algunas forradas en piel. Cadenas enrolladas con precisión militar. Varios látigos, algunos de ellos usados y con el cuero agrietado. Más al fondo, lo que parecían máscaras, mordazas y otros accesorios que hablaban claramente de una práctica sexual dura, estructurada, casi ritual.

Alberto se quedó unos segundos en silencio, sosteniendo uno de los látigos con cuidado. No era un juego de iniciación ni una afición pasajera. Aquello era un repertorio completo, profesional, de alguien que llevaba años en esa dinámica.

¿Lo sabía el almirante? ¿Había participado? ¿O era este su rincón prohibido, su mundo secreto?

Y si no era suyo... ¿era todo de ella?

Volvió a mirar el arcón. Nada estaba escondido. Estaba guardado con orgullo. Clasificado. Conservado con mimo. No era algo abandonado u olvidado, sino más bien una parte activa de una vida paralela.

El eco del mar al otro lado del espigón retumbaba contra los cristales. Alberto sintió que la casa hablaba, aunque en susurros. Y lo que decía no encajaba del todo con la imagen rígida y solemne del almirante. O quizá sí... y el disfraz era más perfecto de lo que había imaginado.

El crujido de la cerradura lo hizo congelarse. Un clic seco, limpio, seguido del rumor eléctrico de las luces de la escalera que se encendían una a una, como un despertador inevitable. El corazón de Alberto empezó a latir con fuerza, en seco, como una campanada sorda en su pecho. En una fracción de segundo, sus ojos recorrieron la habitación: la cama deshecha por su inspección, el arcón abierto de par en par, las pruebas expuestas como una confesión muda. No podía quedarse allí. La terraza. Cruzó la habitación a grandes zancadas, con el mayor cuidado posible para no hacer ruido. Abrió la puerta de cristal y la cerró con suavidad antes de agacharse detrás de la pared lateral. El aire salino le rozó el rostro como una bofetada. Fuera, el murmullo del mar y el rumor constante del viento le daban algo de cobertura.

En el mismo instante en que la puerta quedó cerrada, las luces del dormitorio principal se encendieron de golpe. La luz le atravesó los párpados, lo cegó momentáneamente, y cuando volvió a abrir los ojos... allí estaba.

Eugenia Pérez de Arriola. No una sombra, no era un recuerdo, ni un fantasma. Estaba viva.

Alberto contuvo el aliento, aferrado al marco frío de la puerta de cristal. Su cerebro intentaba procesar lo que veían sus ojos: la mujer a la que creían muerta, la mujer a la que él había seguido, la mujer cuya desaparición había desatado una espiral de acontecimientos... caminaba viva y tranquila por la habitación, como si nada hubiese pasado.

Eugenia se detuvo frente al espejo del tocador, iluminado con bombillas cálidas que bañaban su rostro con una luz suave. Se observó con detenimiento, sin prisa. Movía ligeramente el rostro, el cuello, como quien busca una emoción que aún no aparece. Sus manos tocaron el escote de la blusa, alisaron con cuidado el tejido de la falda.

Salió del dormitorio sin cerrar la puerta, dejando un rastro de perfume leve. Alberto no podía oír sus pasos, pero el eco del silencio en la habitación era tan nítido que podía sentir su ausencia.

Minutos después, regresó. Llevaba una copa de vino blanco en la mano, el líquido claro brillando bajo la luz. Caminaba con unos tacones de aguja plateados que daban a sus piernas una forma casi escultórica. Se había desvestido. Ahora llevaba un conjunto de lencería blanco, de encaje fino y diseño elegante, con detalles de seda. Era la imagen de alguien que se conoce muy bien y que se gusta a sí misma. Se detuvo frente al espejo de cuerpo entero. Levantó una pierna, giró ligeramente la cadera. Una modelo que ensaya para un espectador invisible.

Alberto apenas respiraba. Eugenia se acercó entonces a la ventana. Con la copa en la mano y la mirada perdida, se contempló en el reflejo del cristal. A menos de dos metros de ella, Alberto se mantuvo pegado a la pared de la terraza, con el cuerpo contraído y el pulso desbocado. Por un instante, creyó que lo había visto. Pero no. El reflejo de la habitación actuaba como un espejo perfecto: para Eugenia, sólo existía su propia imagen.

Ella se observó con calma. Se inclinó hacia adelante, posó una mano en la ventana como si quisiera tocarse a sí misma. Un gesto ensayado. Elegante. Inevitablemente sensual.

Alberto, aún sin moverse, sentía que el suelo temblaba bajo sus pies. No sólo por el riesgo de ser descubierto... sino porque todo en su interior empezaba a desmoronarse.

Se giró, dándole la espalda se dirigió al reproductor de música. Una canción comenzó a escucharse nada más ponerlo en marcha. Alberto se dio cuenta de que nada era aleatorio o improvisado, todo había sido preparado. Acompañada por los primeros compases de la música, comenzó a moverse de forma sensual. Alberto se acercó a la ventana, casi sin miedo. Esta vez no quería esconderse.

Se situó detrás de una silla elegante que había junto a la cómoda. Bajó el rostro y mirando lateralmente lo ocultó con el pelo. Se tomó unos segundos para respirar. El ritmo de la música se intensificó y sincronizada con él sacudió la cabeza dejando su cabello atrás.

Completamente empoderada se había liberado de cualquier cadena. Se movía como una mujer que se sabía deseada, segura de su atractivo, de su cuerpo y de su yo. A partir de ahí solo quería dejarse llevar por la música y eso comenzó a hacer.

Se dejó envolver por los sonidos dando libertad a su cuerpo para que siguiese el ritmo. Jugaba con la silla subiéndola y apoyando una de sus piernas al asiento mientras hacía vibrar las caderas, rodeándola, inclinándose sobre ella para mostrar su cuerpo, ... Todo de forma pausada pero sensual permitiendo que Alberto, desde el anonimato que le proporcionaba el efecto óptico de las luces pudiese apreciar cada detalle. Él la observaba con atención embelesado en cada uno de sus movimientos, siguiendo las sugerentes formas que era capaz de dibujar en su baile.

Ella pareció experimentar algo nuevo, sus movimientos empezaron a generarle un agradable cosquilleo sobre la piel. La temperatura corporal se le empezaba a incrementar, así como el ritmo cardíaco y la frecuencia de su respiración. Sin saber por qué toda la situación comenzó a excitarla, a producirle placer.

Poco a poco las vibraciones de la música se convirtieron en caricias sobre su piel. Su abdomen, sus piernas, toda su espalda se veía recorrida por el sonido dejándole la piel de gallina. Ahora ya era un intenso calor el que comenzaba a subir desde el centro de su cuerpo. El cosquilleo se intensificaba con cada uno de sus gestos. Estaba sorprendida, era algo nuevo que no llegaba a comprender. Solo sabía que no quería parar, deseaba más.

Cerrando los ojos continuó danzando alrededor de la silla, notando como esa excitación continuaba aumentando y le dejaba los pezones erectos. Sus fosas nasales se ensanchaban permitiéndole impulsar un poco más de aire fresco dentro de sí para aliviar ese fuego que ardía en ella. No dejaba de contemplarse en el espejo.

Dejó caer los tirantes del sujetador y mostró sus pechos. Eran generosos y aún se mantenían firmes pese a superar la treintena. Los pezones, del color de las ciruelas maduras, se le habían puesto erectos.

Alberto no podía dejar de mirarla.

Alcanzó de nuevo la silla y colocó su pierna derecha sobre ella. Elevando las caderas, en este gesto medido, le ofreció involuntariamente la vista de sus nalgas.

Mientras Eugenia mantenía esa postura, apoyada en la silla con la mano izquierda y siguiendo con sus caderas el ritmo de la música, comenzó a acariciar y presionar sus pezones con la mano.

Se elevó y dándose la vuelta deslizó sus manos por su vientre, acariciando cada centímetro en dirección a su pubis. Volvió a dedicarse a sus pezones, primero lentamente, luego con intensidad, apretándose el pecho, sintiendo cada roce, cada caricia. Su cara reflejaba el intenso placer que le producía.

Subió la pierna derecha sobre la silla y, frente a Alberto, bajó la mano y la introdujo bajo las braguitas de encaje. No tenía prisa solo quería disfrutar. Colocó sus dedos índice y corazón a ambos lados del clítoris y ejerciendo una leve presión sobre él lo acarició lentamente, acompañando el movimiento con una leve flexión de rodilla que hacía subir y bajar ligeramente todo su cuerpo al ritmo que su mano marcaba. Se bajó las bragas, y Alberto pudo contemplar al fin el pubis rasurado. Observó sus dedos húmedos acariciándose lentamente, disfrutando de cada roce en sus zonas erógenas.

Volvió a darse la vuelta y subiéndose de rodillas a la silla elevó las caderas. Alberto podía ver la escena gracias al espejo, en cuyo reflejo apreciaba su sexo completamente expuesto. Acercó de nuevo su mano y con el índice separó sus labios menores. Este gesto le produjo una oleada de placer que la recorrió desde sus hombros hasta la planta de los pies. La contracción de su abdomen la hizo gemir con intensidad. Volvió a repetir el movimiento varias veces extendiéndolo hasta su clítoris, humedeciendo sus dedos mientras las sensaciones la oprimían contra la silla.

Era evidente que estaba cada vez más excitada, lo quería dentro de sí y comenzó a introducir la falange de su dedo corazón en la vagina. La descarga de placer la dejó sin respiración haciéndola enmudecer. Lentamente fue profundizando a la vez que el placer se intensificaba. Estaba muy excitada, muy húmeda, notando cada milímetro que ese dedo ocupaba sobre las paredes de su vagina. Quería más, su cuerpo pedía más presión, más intensidad. No podía contenerse y paso a introducir un segundo dedo. Movía sus caderas al ritmo de su mano, facilitando la penetración y aumentando el placer que la envolvía.

Todo su cuerpo vibraba y ella gemía incontroladamente. Su mano se movía sin miramientos, intensa, dura, buscando más profundidad. Todo el cuerpo acompañaba las acometidas, dibujando, desde la cabeza a los pies, el movimiento oscilatorio de una ola marina.

Alberto observó que estaba cerca al orgasmo. Con los ojos cerrados se levantó. Girándose de nuevo se sentó en la silla, elevó su pierna derecha y apoyó el tacón de su zapato junto a la nalga. Esto le permitía acceso completo a lo más profundo de su cuerpo. Mientras una mano sobaba el pecho y jugaba con sus pezones los dedos de la otra acariciaban los labios y el clítoris. Su mano fue ganando en intensidad con movimientos cada vez más rápidos.

Explotó entre gemidos. Todo su cuerpo se tensó con violencia arqueando la espalda, sintiendo como con cada pulso de su vagina el placer la recorría en todas direcciones. En cada oleada sus músculos se contraían llevándola incluso a notar la presión que los dedos de sus pies ejercían sobre los zapatos que vestían.

Quedó rendida con todas esas sensaciones, con el placer que estaba experimentando, sin respiración. Poco a poco su pecho permitió la entrada de aire mientras bajaban la intensidad de las oleadas que tanto la hacían disfrutar. Lentamente disminuyeron las contracciones y fue recuperando el control de su cuerpo.

Quedó tendida en la cama, relajada, con la respiración más calmada. Se incorporó lentamente. Se echó el pelo hacia atrás, y se puso en pie. Se sacó los tacones, y se dirigió al baño. Alberto escuchó el sonido del agua, y vio cómo se cerraba la puerta. Con decisión salió de su escondite en la terraza, y abandonó la casa muy a su pesar.

Continúa leyendo...